

Miguel de Valencia

Glosas de la cultura actual

Diríase que resulta curiosa una coincidencia. En varias revistas médicas se publican trabajos en homenaje de Miguel Servet. Pero la razón es sencilla. Hace cuatro siglos que el gran humanista y médico fué quemado en la hoguera que atizara la intransigencia de Calvino.

Miguel Servet era español. Estudió medicina y derecho antes de lanzarse a las peligrosas querellas de tipo religioso. Su obra máxima se titula *Christianismi restituto*. De ella sólo quedan dos ejemplares, uno en la ciudad de Viena, otro en la Biblioteca Nacional de París, con huellas de las llamas que consumieran al autor.

¿Por qué los médicos del mundo rinden este homenaje?

Miguel Servet entregó a la ciencia uno de los grandes descubrimientos. Por primera vez en la historia de la medicina un hombre explicó científicamente, sin errores, el delicado proceso de la circulación sanguínea, diciendo que la sangre era la vida misma. Quizás su más luminosa intuición fué la de asegurar que en la sangre hay una "espíritu vital", que tiene su origen en el ventrículo izquierdo del corazón y que se perfecciona en los pulmones.

En otras páginas de su estudio dice que ese espíritu vital es como un "vapor brillante" emanado de la sangre más pura. Después, esa sangre es conducida al pulmón, a través de un largo camino. Allí se hace "rutilante", para ser llevada por todas las arterias del cuerpo.

Estas ideas serían repetidas y completadas por Harwey. Y he ahí que la medicina hubo de sufrir la influencia benéfica de tales evidencias. Las afirmaciones de Galeno fueron desbordadas, mejor dicho, libradas de sus errores.

Galeno, uno de los puntales de la primitiva ciencia médica, había dicho que el espíritu animal reside en el cerebro para gobernar los sentidos y los movimientos. El espíritu vital estaba anclado en el corazón. Y el calor del cuerpo, alojado en el hígado, rigiendo el metabolismo. Pero sus ideas estaban lejos de concebir el proceso de oxidación de la sangre en los pulmones. Este hallazgo fué la definitiva aportación de Miguel Servet.

No fueron, sin embargo, las ideas científicas las que perdieron al insigne médico. Más bien, hubo en su vida un choque de opiniones con el intransigente Calvino. El sabio español pretendía explicarse racionalmente algunos dogmas. Y en cierta oportunidad se atrevió a devolver a Calvino su libro titulado *La Introducción del Cristianismo*. Le señaló algunos errores. Y la venganza no se hizo esperar. Cuando Servet huía de Francia, con destino a Italia, pasó por Ginebra. Allí lo esperaba la hoguera.

* * *

Con frecuencia, los teólogos y los tratadistas de estética fijan su atención en el dilatado dominio de los milagros mariales. Y las sutiles aportaciones son de gran valor para la historia y evolución de las inquietudes espirituales del hombre.

Como es sabido, los milagros mariales se reunieron, entre los siglos XI y XII, en colecciones latinas. De ellas pasaron a las literaturas romances y germánicas. En España, las obras más importantes son las *Cantigas*, de Alfonso X y *Los Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo.

Quizás haya sido Gonzalo de Berceo el autor que sigue un texto único, posiblemente el Manuscrito Latino de la Biblioteca de Copen-

hague, con exclusión del *Speculum Historiale*, de Vicente de Beauvais, y de la conocida *Leyenda Aúrea*, de Jacobo de Vorágine.

En diversas oportunidades se ha dicho que Gonzalo de Berceo se levanta en las letras castellanas como portador de la palabra suave, precisa, de esencias religiosas, vaciadas en los moldes, un tanto profanos, de algunos de sus contemporáneos. Al interpretar poéticamente los milagros mariales, nos ha dado, junto al primer esquema de los paisajes bucólicos, la cifra de una sinceridad confiada, el viejo anhelo de una poesía cristiana. Poesía que, al correr de los siglos, utilizará el fenómeno sensible como símbolo del pensamiento, hasta que el lenguaje, metafórico en exceso, exija una interpretación meticolosa del símbolo, de la palabra alusiva, de lo que puede ser vuelo espiritual de altura o penetración del subconsciente.

Por eso, ¡qué bella su santa admiración y qué olorosa ranciedad la de su “vaso de buen vino”!

En nuestros días se ha traducido al castellano la obra latina del célebre dominico y profesor del Angelicum de Roma, P. Merkelbach, titulada *Mariología*.

La *Mariología* de Merkelbach, siendo obra, en cierto sentido clásica y apreciadísima por todas las escuelas, adolecía de un defecto lamentable, la falta de testimonios y bibliografía en las pruebas positivas, hoy tan apreciadas en Teología. Esta ha sido la tarea de los traductores, los cuales han verificado las citas, han compulsado autores, han puesto al día innúmeras cuestiones. De esta forma, la concepción del dominico belga se ha enriquecido y modernizado.

He ahí un tema que tiene la virtud de actualizar las poéticas intuiciones de Gonzalo de Berceo, vate riojano, tan angélico y amable en su religiosidad. Al socaire de algunas publicaciones recientes, interesa repetir que los “milagros” glosados por el poeta hispano son cristianos en su esencia y en su lejana tradición, si bien vividos desde un vivir lleno de presencias islámicas. Sólo de esta forma es posible y entender el continuo danzar del poeta entre su obra, la repetición de su voz, ese primitivismo encantador frecuente en muchas de sus estrofas.



* * *

Vuelven a reeditarse los libros de caballerías españolas. De preferencia las obras tituladas: *El caballero Cifar*, *Amadís de Gaula* y *Tirante el blanco*.

La selección tiene sus indudables razones. El primer libro por ser el que inicia el ciclo de los libros de caballería, y los otros dos por sus indiscutibles méritos literarios.

Una serie de estudios comparativos va liberando a Miguel de Cervantes del pesado tópico que le abruma. En efecto, el glorioso escritor no fué enemigo de los libros de caballerías. Fué más bien otro caballero andante, capaz de dar la vida por su Dios y por las pobres gentes a quienes acosaban los malandrines.

Pero no es ésta la faceta más importante de los libros de caballerías. Su frecuente reedición ha dado motivo para serias investigaciones semánticas. He ahí el motivo esencial de una glosa.

El tipo aborígen de la costa Atlántica, desde la época gloriosa de Magallanes, se designó con el nombre de patagón. Durante siglos se creyó que la etimología hacía referencia al tamaño descomunal de sus pies. Sin embargo, parece ser que la realidad es bien distinta. Recientes trabajos de algunos investigadores aportan datos muy interesantes para sentar nuevas bases a la toponimia americana.

Discurriendo en términos gramaticales, se comprueba que la palabra patagón no puede ser el aumentativo que significa "patudo".

En el "Diario de Pigafetta" se alude al nombre, pero no se explica la causa. El delicado cronista se limita a explicar las desmesuradas proporciones corpóreas de aquellos aborígenes. Ahora bien, la preocupación de la etimología está ausente, lo que hace suponer que el término patagón tenía sus motivos en otras circunstancias.

Siempre las investigaciones semánticas se llevan a efecto siguiendo métodos comparativos. De esta forma se van seleccionando los hilos más sutiles, se remonta el curso de las palabras, se remueven los hontanares lingüísticos. Y entonces puede obtenerse la primigenia

significación, muchas veces al margen de los valores funcionales que nuestra cultura ha consagrado.

En América existe la palabra "california", que significa "isla de las amazonas negras". He ahí una palabra desvinculada de toda realidad, pero que se repite en las páginas de un interesante libro de caballerías, titulado *Sergas de Esplandián*. Quizás los conquistadores, imbuídos de elementos caballerescos, asignaron un nombre conocido a ciertas regiones que les recordaban, por su tipografía, los ámbitos ideales de muchas y esforzadas aventuras literarias.

Este hallazgo semántico ha hecho suponer que la palabra "patagón" no es otra cosa que una especie de préstamo literario.

En efecto, hay un libro *Primaleón*, que forma parte del ciclo de los *Palmerines*, obras todas ellas de aventuras caballerescas fantásticas. Pues bien, en ese *Primaleón* figura un monstruo llamado "Patagón", que anda como un hombre, pero que tiene cabeza de perro y se amansa en presencia de las damas.

Si bien los indígenas hallados por Magallanes no tenían cara de perro, el "Diario de Pigafetta" describe su semblante como suma del espanto. Y probablemente el cronista creía ocioso, por hartó conocida, establecer la relación que resolvería el problema etimológico.

El viaje de Magallanes, extraordinaria aventura que tuvo la virtud de llevar los paisajes a las órbitas del romanticismo, nos ha deparado, a varios siglos de distancia, muchas y fecundas revelaciones.

* * *

Se ha dicho que después de la gran victoria del Romanticismo musical comienza una época de transición, y que se designa con el nombre de moderna. El neorromanticismo se eleva hasta el impresionismo. Los guías y ejecutores son los franceses. La dirección de esa escuela corresponde a Claude Debussy, quien ha logrado, con sus piezas para piano, los dramas de mayor efecto. Puede afirmarse que

Debussy, con su arte refinado e impresionista, ha renovado la expresión musical.

Pero no todas sus obras se ciñen a unos cánones de seriedad y rigor. Como una huída marginal, compuso piezas que son una demostración de humor. Tales, por ejemplo, las que dedicó a su hija y que fueron interpretadas casi siempre por el pianista Walter Gieseking.

Se trata de seis obritas de suma gracia. En primer término hay una canción de cuna "para dormir a un elefante de fieltro". Sigue una albadá dedicada a una gentil muñeca. Y después un ballet, "el de los copos de nieve", una danza negra concedida como ofrenda a una muñeca negra y una canción melancólica, creada por un pastor en su flauta.

Digamos que el impresionismo musical, unido al literario, crea motivos de alta perfección artística y de suprema belleza. Ejemplos pueden ser los de las "Fiestas galantes" y "Arietas olvidadas", que Debussy compuso con versos de Verlaine.

El músico francés, a los veintidós años obtuvo el "Premio de Roma", del Conservatorio de París. Inmediatamente inició sus fecundos experimentos musicales. El "debussynismo" se extendió por todos los países de Europa y América. Y los músicos escribieron melodías inspirándose en las fuentes que murmuraban, en los horizontes evanescentes, en los paisajes estivales. La música impresionista creó obras de gran alcurnia.

Las obras humorísticas de Claude Debussy contrastan con aquellas de mayor aliento. Tales, por ejemplo, las dedicadas al mar, quizás las más representativas de su creación sinfónica.

"El Mar" se compone de tres partes o impresiones: "El mar desde la aurora hasta el mediodía", "Los juegos de las olas" y "El diálogo entre el viento y el mar".

En esta composición sinfónica hay un mundo de colores y sensaciones, el silencio del amanecer y el tumbo del potente oleaje.

He ahí, pues, que el humorismo musical del gran músico francés

nos hace recordar el encanto de aquella obra debussyniana, titulada *El rincón de los niños*, con sus bellas impresiones de humor.

Las grandes salas de conciertos de Francia han programado la ejecución de un florilegio de estas composiciones musicales.

* * *

Recientes conversaciones entre los hombres de ciencia de diversos países han tenido la virtud de suscitar en los ámbitos filosóficos el tema más antiguo, el que mayores inquietudes crea en los hombres. Las disquisiciones en torno al origen del Universo se han visto iluminadas en virtud de los progresos científicos.

En la historia humana se ha dado una filosofía organizada sobre bases científicas. De igual forma que muchas concepciones religiosas hallaron su fundamento en el origen y futuro del Universo.

En nuestros días, las leyes de la mecánica newtoniana han sido completadas por la teoría de la relatividad. La nebulosa de Laplace, la enorme masa gaseosa en rotación pudo dar origen a los sistemas solares. Sin embargo, en la actualidad, esa hipótesis ha sido reformada, ya que muchos fenómenos celestes no podían ser cabalmente explicados.

El astrónomo Weizsaecker formuló en 1945 una teoría que tiene muchos defensores. Su punto de partida se halla en las intuiciones de Laplace. Admite la posibilidad de una nebulosa original, un sol rodeado de una masa gaseosa en rotación, pero con una particularidad. Las partículas situadas hacia el interior debieron recorrer sus órbitas con mayor rapidez que las dispuestas en la parte exterior.

De esta forma, fueron proyectadas porciones de la gran nebulosa, originando sus movimientos de rotación y de traslación, creando sus rutas en aparente y matemático desorden.

Las concepciones del "universo en expansión" se oponen a las tradicionales ideas sobre el tiempo y el espacio.

Los astrónomos nos dicen que nuestro Universo no guarda sus dimensiones constantes, sino que más bien se dilata con rapidez vertiginosa.

He ahí algo que supone admitir un hecho alucinante. Las proporciones del Universo fueron un tiempo mínimas, una especie de átomo primitivo. En él podría vincularse el origen del mundo, es decir, su creación.

No cabe duda de que las posturas filosóficas adquieren matices originales, sorprendentes, cuando se les da bases astronómicas, cuando los términos "uranio", "isótopo", "radioactividad", "rayos cósmicos" y "degradación de la energía" se sitúan en los orígenes del Universo.

Si bien es cierto que resulta difícil comprender que nuestro espacio es "finito y cerrado", pero susceptible de "dilataciones" y que las grandes masas de cuerpos celestes se desplazan en virtud de esa dilatación, también es exacto que tales dificultades crean en el hombre nuevos deseos de conocer, adivinando, al menos, el origen del Universo, la raíz de muchas ensoñaciones y el sentido aproximado de nuestra experiencia vital.

Ciencia y poesía unen sus impulsos, crean obra de cultura, disparan los anhelos, hacen posible la tremenda realidad y fantasía de infinito, ese hallazgo de raíz poética que permite imaginar a nuestro planeta siempre en marcha incesante, siempre en los vestíbulos de una eternidad abierta, insondable.

Es interesante comprobar la validez de los diversos procedimientos utilizados para afrontar la comprensión del universo. Explorar el cielo en mirada superficial puede reservarnos las gratas sorpresas de los paisajes celestes. Completar nuestra visión en anhelos de profundidad, nos da una sensación de mundos abismales. Aplicar al mundo de los astros los conceptos de la evolución, pone en las almas una inquietud, ya que un eterno hacer y deshacer impera en los mundos siderales. Y cuando la idea de "masa" se toma como idea matriz de la ciencia astronómica, diríase que todo lo fantástico se centra

en los ámbitos de la matemática. Entonces es preciso discurrir con severidad y rigor. Los hechos se explican mediante leyes de fecundas derivaciones. Nada puede ser confiado a la suposición. El razonamiento transita la zona de las máximas aproximaciones.

Con razón se ha dicho que los mundos perdidos en el espacio, además de una realidad material, pueden ser gemas encendidas en la frente de algún dios. He ahí la poesía como esencia de lo concreto.

* * *

En Montevideo se ha celebrado una exposición cartográfica. En ella han figurado elementos cartográficos de gran valor histórico, especialmente los que se refieren a los descubrimientos de los navegantes españoles.

El mapa de América, que fuera diseñado por el cartógrafo Juan de la Cosa, es uno de los más interesantes, ya que muestra las extensiones terrestres y marítimas que España agregaba al mundo hasta entonces conocido. A pesar de sus varios errores, revela una de las más aproximadas realidades del continente americano.

Es interesante anotar un hecho de suma trascendencia para los estudios geográficos. Dos años después de haberse publicado este mapa, funcionaba la sevillana Casa de Contratación, una de cuyas funciones era el fomento de las ciencias relacionadas con el arte de la navegación. Este centro se convirtió en uno de los principales del mundo. De esta época quedan contados documentos. Un incendio y la piratería particular redujeron considerablemente el material en custodia.

España contribuyó de manera sobresaliente al arte de la cartografía. Se ha dicho, con razón, que su raíz se halla en las tablas alfonsíes, es decir, en aquellos bocetos de mapas confeccionados durante el fecundo reinado del monarca Alfonso X el Sabio, hombre que supo reunir en su torno a innumerables sabios de las más di-

versas latitudes. Más tarde, hecho el descubrimiento de América, la cartografía hispana se centró en las nuevas tierras, se proyectó también hacia otras regiones. Por ejemplo, de la misma época son los mapas de Pere Rosell, geógrafo que ya anotó en sus dibujos regiones tales como Río de Oro y Tombuctú.

El arte de dibujar los mapas ha progresado. Con el auxilio de la aviación y de la fotografía resulta fácil registrar los accidentes geográficos. Y de esta manera vamos obteniendo, al menos en superficie, la imagen casi real de nuestro planeta.